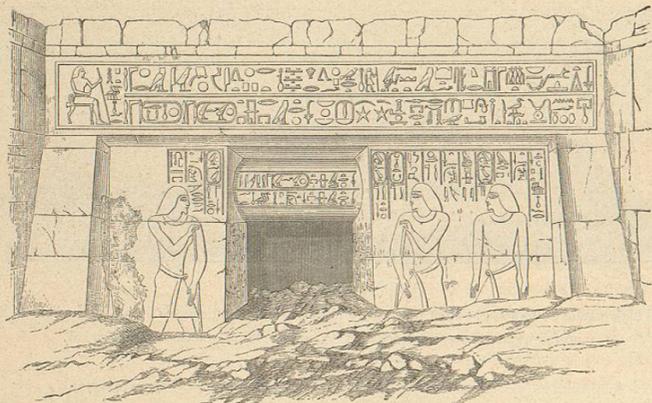


para el difunto N. N.,» aun en los casos en que para nada intervenía el rey. Por regla general, el poseedor del sepulcro debía cuidar de la manutención del muerto y á este efecto se proveía de un número de «servidores del espíritu» (*hmuka*) sacados de entre sus criados, los cuales con los descendientes del difunto hasta las últimas generaciones atendían al cuidado del sepulcro. Muchos documentos ó patentes, en los cuales se fijan los deberes de estos servidores del espíritu, han llegado hasta nosotros (1); también poseemos, á lo menos de la época del imperio Medio, tratados con el sacerdocio de algun tiempo para entregar diversas ofrendas en la tumba (2).

Por lo demás no era absolutamente indispensable que la carne y el pan para los muertos fuesen reales y positivos. De la misma manera que el cadáver ó la estatua de piedra ó madera se convertía, por medio del debido procedimiento, en un sér eternamente vivo, el pan y el vino, pintados ó repre-

sentados en piedra, podían convertirse en verdadero alimento, teniendo, de esta manera, la ventaja de que no se echaban á perder. Desde muy antiguo existió, pues, la costumbre de poner en el sepulcro, con el muerto, una mesa de sacrificio de piedra ricamente provista y escribir en las paredes largas listas de cuanto el difunto necesitaba. Es muy probable que los dibujos de las paredes obedecieran á igual causa, y que el que hacia poner en el sepulcro su imagen rodeada de muchos servidores y rebaños alegremente ocupados, creyera que de este modo aseguraba su existencia y su bienestar en el otro mundo, sobre todo si los nombres estaban bien y claramente, pues la palabra y la escritura eran, como la imagen, cosas misteriosas. Poco á poco fuese avanzando en este terreno. Es ley general que cuanto mas arraigada está una creencia en algo tradicional, tanto mas se aumentan la rutina y el sistema formulario. En los tiempos antiguos un sacerdote mortuario, que se llamaba *cherheb*, recitaba en la tumba las largas fór-



Entrada del mastaba de Neferbaptah (fines de la quinta dinastía).

mulas de la transformación en Osiris — muchas veces se le representa con un rollo en la mano en el acto de «transfigurar» al muerto; — pero despues, especialmente á fines de la quinta dinastía, se inscribieron los textos mágicos en los ataúdes y en las paredes del sepulcro (3). Quizás esto fué en un principio un complemento del rezo; pero despues hizo las veces de éste. Por aquel mismo tiempo nació la costumbre de exigir ó conjurar directamente, en la inscripción de la tumba, «los que estaban vivos en la tierra á los que estaban sepultados en la tumba, para que amaran la vida y odiaran la muerte, y desearan que sus dignidades se transmitieran á sus hijos.» También trae su origen de la misma época la fórmula de «mil panes, mil cántaros de vino, mil bueyes, mil vestidos para el bienaventurado N. N.» Como se ve, los egipcios llegaron á los mismos resultados que los budhistas del Norte y que los chinos. Los primeros hacían recitar las oraciones que habían de llevar la bienaventuranza por un molino en movimiento, y los chinos satisfacían las necesidades de sus ante-

(1) De Rougé: *Inscrip. hier.*, I. — Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 72. Mariette: *Mast.*, D 52.

(2) Erman: *Revista Egipcia*, 1882, pág. 159.

(3) Esto último solo se usa en los sepulcros de los reyes, en las pirámides, siendo la que primero nos lo ofrece la de Una. En las tumbas de los particulares no se introdujo este uso hasta mucho despues. El mas antiguo ataúd de un particular, con textos funerarios, el de 'Apa'anchu (Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 98), á juzgar por un fragmento no publicado todavía que se conserva en Berlin, data de la misma época, del reinado de Teiti, primer rey de la sexta dinastía.

pasados quemando un trozo de papel en el cual se habían escrito las fórmulas indispensables. Este desenvolvimiento es tanto mas importante cuanto que por este medio los que carecían de recursos podían poseer, mediante una módica suma, las fórmulas que les aseguraban todas las delicias del paraíso. Esto fué lo que se hizo, si no en el Antiguo imperio, en los tiempos posteriores, convirtiéndose así los beneficios de las doctrinas de Osiris en patrimonio de todos los egipcios, es decir, todo el pueblo que se vió sujetado con las cadenas de la superstición.

Cuando los ilustres dignatarios se construyeron una maciza «casa para la eternidad,» fué preciso atender de otra manera al rey descendiente de los dioses; así es que para su cadáver se edificó la construcción colosal de una pirámide, en la cual se encerraba el ataúd, en una cámara cuya entrada podía en caso necesario cerrarse. Esta pirámide estaba aun mas exactamente orientada que el mastaba hacía el país celeste: á ella pertenecía el templo que correspondía al vestíbulo del mastaba y que servía para el culto funerario del soberano. Los mas altos funcionarios del Estado eran «sacerdotes,» «profetas,» ó «presidentes» de la pirámide del rey, y durante muchas generaciones estos cargos fueron hereditarios en una misma familia.

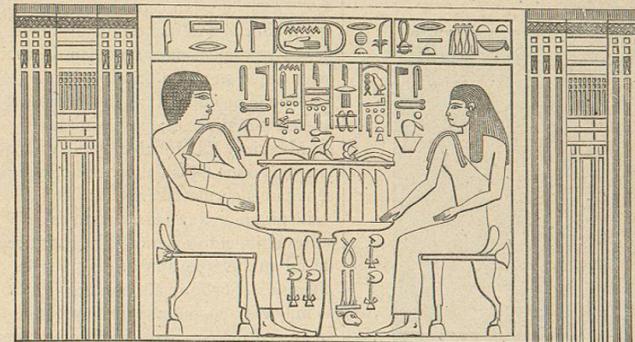
Mas adelante hablaremos de la construcción de la pirámide y de los principios en que descansaba. Por lo demás hemos estudiado ya en sus rasgos fundamentales las ideas que acerca de la vida despues de la muerte predominaban en el Antiguo imperio. En este punto nos encontramos con el fe-

nómeno particular de una burocracia unitaria y severamente organizada, destinada principalmente á cuidar de la otra vida, concebida de una manera altamente realista, cuidado cuya atención forma la misión suprema del Estado.

¿Cuándo llegaron á predominar estas ideas? ¿Cuándo la primitiva y sencilla fórmula del culto de los muertos se transformó por medio de las doctrinas osirianas de la transfiguración? ¿Cuándo, confiando en las promesas de estas últimas, se tuvo el valor de dedicar tanto tiempo y tanto dinero á las colosales construcciones de los cementerios de Menfis? Creemos poder señalar este momento con bastante precisión. En las inscripciones de los sepulcros encontramos mencionado el culto de los soberanos de los primitivos tiempos; conocemos un «sacerdote de Senda» (1), un «sacerdote del templo de Nebka» (2), pero nunca se menciona una pirámide mas antigua que la del rey Snofru, por lo menos en el abundante material que poseemos. Esta hipótesis está confirmada por

el hecho de que entre las muchas pirámides que enteras ó en ruinas han llegado hasta nosotros — si contamos las pequeñas que encontramos en gran número, por ejemplo en Gizeh, delante de las grandes construcciones y las de la duodécima dinastía, llegan á mas de setenta — solo dos, ó á lo sumo tres, pueden ser mas antiguas que la mayor de todas, que construyó en Gizeh Chufu, hijo de Snofru. Estas son las dos pirámides de piedra de Dahschur, al Sur, y quizás la pirámide de piedra arruinada de Aburoasch, en el extremo Norte de la necrópolis de Menfis (3). Una de las dos primeras es probablemente la de Snofru, antes del cual solo dos ó á lo mas tres soberanos pudieron erigir grandes monumentos funerarios. Naturalmente no puede negarse en absoluto, por mas que parezca muy dudoso, que se hubieran hecho antes ensayos en pequeña escala y con mas ó menos fortuna de estas construcciones, pero de ellos no nos queda ningun vestigio.

El estudio de los sepulcros de particulares nos lleva al mis-



Piedra de la tumba de Cheri, el sacerdote del rey Senda, existente en Oxford, (este sepulcro ha sido publicado por Mariette, *Mast.*, B 3).

El muerto y su esposa están sentados delante de la mesa del sacrificio, cubierta de panes y de carne. Las inscripciones de arriba describen varios objetos del sacrificio mortuario, «incienso, fruta, vino, millares de panes, vestidos y terneras.» A ambos lados está representado el portal de una casa.

mo resultado, no existiendo mastaba alguno cuyas inscripciones hagan referencia á un período anterior á Chufu ó á lo sumo á Snofru. Algunos de ellos, por la manera de estar contruidos, por la forma de los jeroglíficos y por el carácter arcaico de las estatuas y esculturas en ellos encontradas, pueden atribuirse á una época anterior; pero difícilmente esta anterioridad se remontará á mas de 40 ó 50 años. Es evidente que Mariette exageró la antigüedad de estos mastabas cuando creyó que existían de las dos primeras dinastías. Cuando se apoya en que el carácter de los monumentos artísticos de los primitivos sepulcros lleva impreso un sello de arcaísmo, basta para rebatirle recordar el poco tiempo que media entre los Eginetas y Fidias, para comprender cuán débil es aquel argumento. El arte y especialmente la manera de labrar las estatuas-retratos debió de tomar tal vuelo con el desenvolvimiento del culto de los muertos, que el rápido progreso artístico se nos presenta como cosa muy natural.

En su consecuencia, podemos admitir que las doctrinas de Osiris penetraron en la corte de Menfis durante los últimos soberanos de la tercera dinastía, y que la época de los constructores de pirámides corresponde al reinado del rey Snofru,

(1) Véase mas arriba, y Mariette: *Mast.*, B 3, donde junto á él encontramos el nombre real enteramente desconocido de Per'abnes (¿sería la esposa de Senda?).

(2) Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 39. Amten es también «soberano (presidente (?) *hag*) del templo de Snofru.» Idem, tomo II, pág. 5.

y no procedemos á ciegas, sino que nos fundamos en la historia, según la cual hubo de coincidir con este reinado ó comenzar muy poco antes.

CAPITULO VIII

LOS CONSTRUCTORES DE PIRÁMIDES

Entre los descendientes de Menes debió de haber algunos soberanos de gran importancia. Si durante la duodécima dinastía el rey Usertes II erigió una estatua á «su padre, el rey

(3) Sobre las pirámides de Dahschur, véase mas adelante. Respecto de la de Aburoasch, Petrie, que ha sido el único que la ha examinado detenidamente (*Pyramids of Gizeh*, págs. 54-62), se inclina á creer, fundándose en su arquitectura, que fué construida en la segunda mitad de la cuarta dinastía, pues está enteramente revestida de granito, al paso que la de Chufu no lo está, la de Cha'fre lo está muy poco y la de Menkaure solo hasta la mitad. En ella encontró restos de una estatua de diorita de un rey con el nombre Men...re. Es difícil decir dónde debe ser éste colocado: no puede ser el conocido rey de la cuarta dinastía Menkaure, pues á éste pertenece la tercera pirámide de Gizeh: también parece que debe excluirse á Menkaure de la octava dinastía por lo perfecto de la construcción. ¿Estamos en presencia de un soberano desconocido de la cuarta dinastía ó de un rey destronado de una época anterior á Snofru, ó hay que pensar en un soberano de la octava dinastía? Acerca de las pirámides con pisos de Meidum y de Sakkarah, véase la nota que ponemos mas adelante.

Zoser,» que se sentó en el trono unos mil años antes que él, —según el papiro de Turin fué el fundador de la tercera dinastía,—podemos de aquí deducir que en aquel tiempo todavía no se había extinguido el recuerdo de sus hazañas. Además de él, conocemos una serie de soberanos primitivos, como Husapti, Senda y Nebka, cuya memoria se ha conservado en todo tiempo en el culto y en la leyenda. Esto no obstante, apenas son para nosotros más que simples nombres, pues las investigaciones posteriores no han podido descubrir un solo monumento regio anterior á la época del rey Snofru, sucesor de Hunis. Manethon hace comenzar con él una nueva dinastía, la cuarta, y á ser esto cierto—el papiro de Turin nada parece decir de ello,—y á poder, por tanto, deducir que Snofru llegó al trono por usurpación, quizás podríamos explicarnos por qué no se encuentran monumentos anteriores á él.

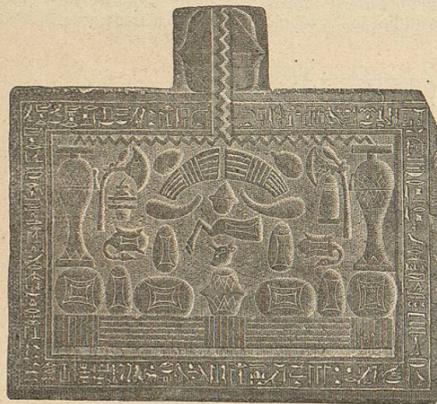


Tabla de sacrificio de época posterior.

En ella están representados panes, pedazos de carne (patos desplumados, muslos y cabeza de un buey), flores y frutas, un cántaro de vino y á cada lado un cántaro para libaciones; las líneas onduladas que parten del desague representan el agua que de éste mana.

De la época de Snofru se ha conservado hasta nuestros días un relieve con una inscripción, en la península del Sinaí, en Wadi-Maghara, en el cual está representado derrotando á los mentiu, á los bandidos beduinos. Este monumento, como el más antiguo histórico de Egipto y quizás del mundo, tiene derecho á que de él tratemos en la presente obra. Según parece, Snofru fué considerado, por lo menos en tiempo de la duodécima dinastía, como el fundador de las minas de la península del Sinaí: un funcionario de esta última época dice que «desde el tiempo del rey Snofru no se ha hecho nada comparable con lo que él hizo,» y un valle montañoso toma su nombre, denominándose «Bebet-Snofru». Muchos de los magnates de su corte nos son conocidos; por lo menos es muy probable que, por ejemplo, el hijo del rey Ra-hotep, que estaba enterrado en Meidum y que era sumo sacerdote de Heliópolis y «grande del Sur,» perteneciera á su tiempo, y que el grande del Sur Amten, antes mencionado, comenzara en su época su carrera. Si á esto añadimos que en el delta oriental hay un lugar llamado «isla de Snofru» y que por tanto debió de ser por él colonizado (ó fortificado), habremos agotado todo cuanto acerca de su reinado puede decirse. Sabemos que Snofru construyó para sí una pirámide, que durante mucho tiempo se ha buscado en vano en los terreros de Meidum, y la excavación de 1882 no ha tenido mejor éxito. En cambio, me atrevo á presumir que la de Snofru es una de las dos grandes pirámides de piedra de Dahschur, la llamada «pirámide quebrada» ó rota, que lo propio que la

pirámide de piedra del Norte pertenece á las construcciones primitivas. Una y otra, según datos de Petrie, están perfectamente trabajadas y no tienen, como la de Cheops, revestimiento alguno de granito. El hecho de que en los sepulcros de sus alrededores aparezca con frecuencia el nombre de Snofru (1) significa poca cosa, pues también se encuentra en las otras necrópolis de Menfis. En cambio es mucho más importante el detalle de que Snofru debió de tener dos pirámides, pues por regla general el nombre de su sepulcro Cha, «splendor,» está determinado por dos pirámides

☉ △ △, y en Dahschur un magnate de la quinta dinastía que poseía muchos bienes cedidos por Snofru á su familia, llevaba el título de «presidente de las dos pirámides Cha, del rey Snofru» (2), mientras que su hijo es «presidente

de la pirámide Cha meridional (☉ △ ☽) de Snofru.» Al Sur de la pirámide rota, hay otra mucho más pequeña, y esta y aquella están cercadas por un solo muro de piedra. En cuanto al objeto á que estaba destinada esta pirámide pequeña, cuyas dimensiones no dejan de ser importantes—Perring calcula que su altura primitiva sería de unos 160 pies ingleses—podemos decir tan poco como del de las otras tres pequeñas pirámides que se alzan delante de las de Cheops y de Micerino. Es probable que en ellas estén enterradas las favoritas ó los hijos del soberano, que por regla general eran sepultados en mastabas.

La pirámide rota de Dahschur es de las más interesantes (3): su revestimiento exterior se ha conservado casi por completo, de tal suerte que aun se deja ver la construcción de una puerta exterior formada por una piedra movediza. Su forma es muy extraña, pues se nos presenta en cierto modo cortada en su centro y su parte inferior se eleva en línea más recta que el extremo. De esto se desprende que el primitivo plan no se llevó completamente á cabo. Es indudable que debió de haber sido más alta, pero los acontecimientos, quizás la muerte de su fundador, obligaron á terminar la parte superior dándole una forma que exigiera menos tiempo. Esto parece corroborado por el hecho de que esta parte construida con mucho menos cuidado que la inferior (4).

La memoria de Snofru vivió mucho tiempo en Egipto, y muchas veces encontramos en la dinastía siguiente nombres que están formados con el suyo, y en la decimatercera dinastía lo encontramos invocado como dios, junto con Osiris, en una inscripción de una tumba (5). Siguióle en el trono su hijo Chufu (6), que es el Cheops de Herodoto, el constructor de la gran pirámide de Gizeh.

Al encontrarnos en presencia de las obras más gigantescas que la mano del hombre ha construido, creemos conveniente

(1) Véase la memoria de Maspero en las *Mémoires de la mission archéol. française au Caire*, fasc. 2, 1885, pág. 189.

(2) *Mémoires de la mission archéol. française*, fasc. 2, pág. 190. También Henka, en Meidum. Museo de Berlín, 734. En mi *Historia de la Antigüedad* traduje erróneamente, fundándome en Brugsch, el título por «maestro constructor.»

(3) Contiene dos entradas, una en el lado Norte y otra en el lado Oeste y cada una de ellas conduce á una cámara mortuoria. Acerca de la puerta, véase Petrie: *Pyramids of Gizeh*, pág. 57.

(4) Ebers sostiene la opinión contraria diciendo que la parte inferior es incompleta y que la superior corresponde al plan primitivo. Contra esto, además de la citada observación de Perring, hay el hecho de que el ángulo de la cúspide es más obtuso de lo que suele ser en las demás pirámides—únicamente la pirámide de piedra septentrional de Dahschur se parece á la pirámide rota—y el de que prolongando las aristas inferiores resultaría la forma ordinaria.

(5) Mariette: *Catal. d'Abydos*, 1496.

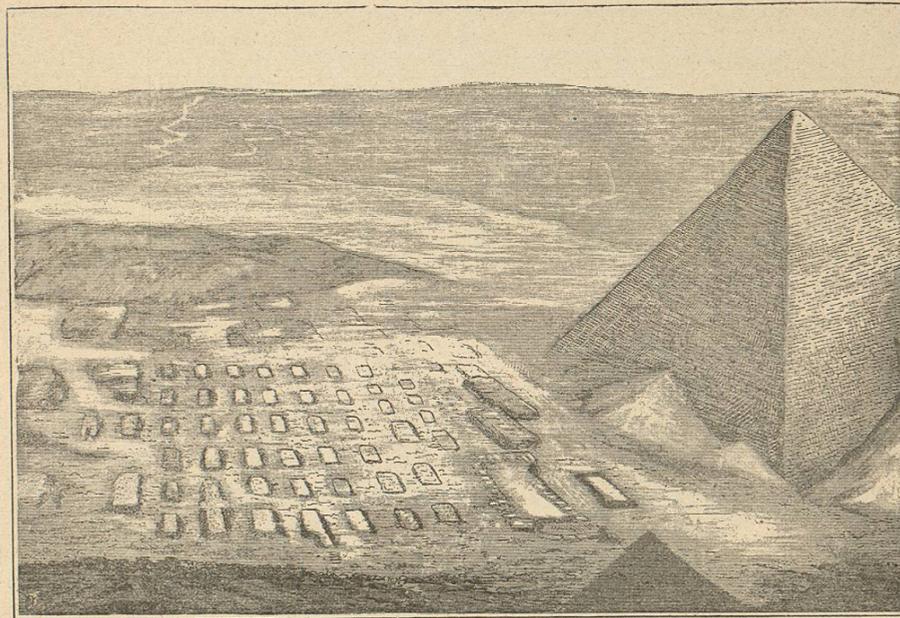
(6) Que era su hijo lo confirma el nuevo papiro, *Col. 4*, donde se decía hablando á Chufu: «Tu padre Snofru.»

tratar de la idea que presidió á estas construcciones y del procedimiento con que se llevaron á cabo.

Así como el mastaba no es en su origen sino un montón de césped colocado sobre el cadáver, la pirámide es por su significación idéntica al túmulo. Indicar la tumba del soberano por medio de un cono de tierra con la punta hacia arriba ó de un montón de piedras, es una costumbre que encontramos en todos los pueblos desde los tiempos más remotos. En las mesetas de peñascos del desierto libio era imposible levantar un cono de tierra, á causa de las grandes masas de arena; era, pues, preciso, para que la construcción durara,

que se hiciera con piedras ó con ladrillos. En otros casos por ejemplo, en algunos sepulcros de la Lidia, se construyó en vez de túmulo una especie de cono de tierra con base cilíndrica. Pero los egipcios en sus construcciones procuraban encontrar una forma que por su esencia y por su aspecto tuviera un carácter de gran solidez y de indestructibilidad; á esto obedecía mejor que ninguna otra la forma de pirámide con base cuadrada, y por eso naturalmente se la elegía para las tumbas de los reyes.

Este desenvolvimiento, que Perrot y Pietschmann fueron los primeros en explicar claramente (1), destruye por com-



Cementerio situado detrás de la gran pirámide, visto desde la cúspide de la segunda pirámide (según Lepsius).

pleto la opinión de Hommel (2) de que las pirámides están tomadas de Babilonia y tienen su prototipo en los templos de azoteas de los caldeos. Las pirámides son, según la idea que en su construcción presidió, sepulcros, y por esto no pudieron ser primitivamente templos. Si existe alguna semejanza, que yo rebatiré tanto menos cuanto menos está demostrada, puede decirse que fueron más bien los babilonios los que tomando ejemplo de las admirables construcciones egipcias, las edificaron semejantes en honor de sus dioses. Esto se comprende fácilmente; en cambio, no es tan fácil explicarse qué curso hubieron de seguir espontáneamente las ideas de los caldeos para inducirlos á dar á sus templos la forma poco apropiada de edificios con azoteas. Con el tiempo, sin embargo, no creo que sea imposible resolver esta cuestión.

Acerca de la manera de construir las pirámides ha formulado Lepsius una teoría que ha tenido gran resonancia y que ha sido ampliada y perfeccionada por Ebers. En un principio, cada rey construyó para sí una pirámide pequeña y luego, si su reinado duraba más, hacía colocar nuevas capas sobre ella formando de esta suerte una construcción en forma de gradas que se concluía poniéndole una cúspide y rellenando las gradas de arriba abajo. De esta manera las dimensiones de cada sepulcro eran proporcionadas á la duración del reinado del soberano y se aumentaban á medida que éste se prolongaba, pudiendo ser fácilmente rellenado el sepulcro en cualquier tiempo, cuando se presentaba una muerte inesperada.

No puede demostrarse que esta teoría sea exacta (3), pues en las excavaciones practicadas en las pirámides no hay vestigio alguno de esta manera de construir por capas y precisamente en la pirámide de Cheops, que por sus colosales dimensiones parece llamada á aclarar en primer término la cuestión, la disposición de los aposentos y de las crujiás del interior demuestra indudablemente, como con razón ha hecho notar Petrie, que el primer proyecto no pudo haber tenido nunca dimensiones más pequeñas que las señaladas con las letras A A en el corte transversal que reproducimos en la pá-

(3) En ella se fundan los datos de Hommel: *Historia de Babilonia*, página 16.

(1) Perrot y Chipiez: *Historia del Arte en la Antigüedad*, I, Egipto, traducción alemana, pág. 195, con notas de Pietschmann, págs. 829 y 830.

(2) *Historia de Babilonia y Asiria* (de esta HISTORIA UNIVERSAL). De sus argumentos en pro de la influencia de la civilización babilónica en Egipto, hemos hablado más arriba. No hay ningún dios egipcio llamado Bahu, y si solo una palabra genuinamente egipcia *B'hu* (כ'ח) «inundación, superabundancia,» y hay que demostrar la existencia del espíritu babilónico de la tierra, Nun, antes de poderlo comparar con el padre de los dioses, Nunu, que es indudablemente una figura egipcia primitiva. Las observaciones de Hommel, pág. 19, son en este punto exageradas.